

Situación actual de la educación superior en Brasil

PAULO CÉSAR MONTAGNER

Comienzo mi discurso saludando al profesor Jorge Calzoni, presidente de la UDUALC y rector de la Universidad Nacional de Avellaneda, y al doctor Roberto Escalante, secretario general de la UDUALC, en cuyo nombre saludo a todas las autoridades presentes. Un saludo especial también para los rectores con quienes comparto esta mesa: profesora Zully Vera, rectora de la Universidad Nacional de Asunción, Paraguay; profesora Marisol Durán, rectora de la Universidad Tecnológica Metropolitana de Chile; profesor Héctor Cancela, rector de la Universidad de la República, Uruguay; y el profesor Franco Bartolacci, rector de la Universidad Nacional de Rosario.

Brasil cuenta actualmente con una amplia gama de instituciones dedicadas a la educación superior: 69 universidades federales, 43 universidades estatales (la categoría que incluye a la UNICAMP, como universidad del estado de São Paulo) y 70 instituciones municipales de educación superior, que además suman más de 2,200 instituciones privadas.

Estas cifras significativas reflejan el tamaño de la población brasileña, que actualmente supera los 212 millones de personas, de las cuales el 23% (o 48.5 millones) son jóvenes de entre 15 y 29 años.

Son enormes los desafíos que todos nuestros países han enfrentado para establecer sus sistemas de educación superior. Estas instituciones, a menudo con financiación insuficiente y sujetas a la inestabilidad, como también es común en Brasil, alcanzan logros impresionantes.

Actualmente tenemos 10.2 millones de estudiantes matriculados en programas de educación superior, de los cuales aproximadamente 20% están en instituciones públicas y el resto en privadas. Con el apoyo principal de instituciones públicas, la ciencia brasileña ha contribuido entre 2.4% y 3% de la producción científica mundial en los últimos cinco años, según datos de la editorial Elsevier. Estas cifras sitúan a Brasil, la décima economía más grande del mundo, en el puesto 13 del ranking mundial de producción científica. Estos resultados, nada desdenables, se lograron gracias a políticas públicas desarrolladas durante décadas, a menudo amenazadas por crisis, cambios de gobierno o, recientemente, ataques a la ciencia y a las instituciones públicas. Sin embargo, en las últimas dos décadas hemos experimentado una notable expansión y diversificación del sistema universitario brasileño: nuevos campus, nuevos programas,

programas nacionales y políticas que promueven la diversidad, la inclusión y la retención estudiantil han transformado el perfil de nuestras instituciones.

El acceso a la educación superior ha dejado de ser un privilegio para unos pocos y se ha convertido en un derecho para muchos, aunque todavía no para todos, gracias a políticas públicas como Prouni, FIES y, especialmente, la política de cuotas, que ha alterado profundamente el perfil del estudiantado universitario. Hoy en día, las universidades comienzan a reflejar con mayor precisión las características sociodemográficas de nuestro país. Más que la justicia social, la sinergia entre las diferentes perspectivas y conocimientos dentro del entorno universitario es un poderoso impulsor del avance del conocimiento, la innovación y la transformación social.

Sin embargo, la expansión del acceso y la expansión de la educación superior en el país también han traído consigo nuevos desafíos estructurales. Persisten las desigualdades regionales, al igual que las diferencias de financiamiento entre instituciones, y una creciente asimetría entre los sectores público y privado, especialmente en cuanto a la disponibilidad de vacantes en programas de pregrado. La sostenibilidad de la educación superior pública sigue siendo uno de nuestros mayores desafíos. El financiamiento de las universidades federales y estatales se ha visto marcado por restricciones presupuestarias, recortes e imprevisibilidad que socavan la planificación institucional. En el caso de las universidades federales, por ejemplo, el presupuesto para inversiones en infraestructura y equipamiento permanente se ha reducido aproximadamente 80% desde 2014.

La autonomía universitaria, garantizada por la Constitución de 1988, a menudo se ve amenazada por la escasez de recursos y la dependencia de decisiones políticas a corto plazo. Es importante recordar que las universidades públicas son responsables de la mayor parte de la investigación científica y tecnológica del país: aproximadamente 95% de la producción nacional. Cuando una universidad deja de invertir, no solo se pierde un programa: se interrumpe una parte del futuro nacional.

Más allá de los desafíos asociados con las condiciones financieras, las universidades se ven obligadas a posicionarse contra los ataques a la ciencia.

En los últimos años, hemos experimentado una crisis global de confianza en la ciencia, impulsada por la desinformación y la retórica anticientífica. Brasil, lamentablemente, no ha sido inmune a este fenómeno.

Las universidades, que siempre han sido espacios de producción de nuevos conocimientos, reflexión y crítica, han sido objeto de ataques sistemáticos. Su legitimidad social ha sido cuestionada. Superar esta crisis requiere más que una defensa institucional: requiere reconectarse con la sociedad. Nuestra experiencia durante la pandemia de la covid-19 ha demostrado la importancia de la ciencia y las instituciones públicas y privadas para construir



condiciones de resiliencia y afrontar una catástrofe que se llevó la vida de más de 700 mil brasileños.

Es necesario acercar el conocimiento científico a las comunidades, las escuelas, los gobiernos locales y los movimientos sociales para garantizar también la resiliencia de las propias universidades, estos espacios vitales de ciudadanía, diálogo y transformación.

Las alianzas internacionales, posibilitadas por redes como la UDUALC, también son esenciales para construir instituciones de educación superior resilientes. Estas alianzas deben guiarse por la importante experiencia científica presente en nuestra región y deben apuntar a respuestas a los desafíos compartidos. Para América Latina y el Caribe, y para Brasil, la internacionalización debe ser solidaria y emancipadora, guiada por la diplomacia científica, el fortalecimiento de las redes Sur-Sur y la cooperación académica.

Las universidades tienen mucho que ofrecer: su experiencia de inclusión, su resiliencia, su creatividad institucional. Necesitamos reafirmar nuestra soberanía intelectual, participando en los grandes debates globales sin sacrificar nuestras especificidades culturales y sociales. Esto también representa un gran desafío.

Las universidades deben ser espacios de creación, pero también de cuidado; de rigor científico, pero también de escucha y acogida; de excelencia, pero también de compromiso social; de conexión con las fronteras del conocimiento global, pero también como agentes de transformación local con un impacto significativo en los territorios donde operan. Debemos formar profesionales competentes, sobre todo, personas críticas, éticas y compasivas, capaces de comprender el mundo y transformarlo.

Como dijo Darcy Ribeiro, “la crisis educativa en Brasil no es una crisis: es un proyecto”. Nos corresponde, entonces, hacer de la universidad un contraproyecto, un proyecto de esperanza, inteligencia y reinvención para nuestra región.

Queridos amigos, la situación actual es desafiante. Nuestras universidades brasileñas, a pesar de tantas dificultades, siguen cumpliendo su misión civilizadora fundamental. Nuestra tarea consiste en construir caminos hacia futuros mejores, hacia utopías viables.

La UDUALC es un foro privilegiado para que consideremos juntos estos caminos. Les agradezco la oportunidad de participar en este debate.